

DIRECTORA

La Serenísima Sra. D.^a María de la Paz de Borbón de Baviera

INFANTA DE ESPAÑA

Núm. 93

Salamanca 15 de Noviembre de 1913

Año VIII

DE MI VIDA

IMPRESIONES



Es tanto el miedo que tengo de hacerme pesada a mis lectores, que ya casi no me atrevo a escribir. Cuento mis impresiones con la misma franqueza que hablo con mis amigos; no invento nada, y por el momento no sé hablar de otra cosa que de mi Pedagogium; hay que tener paciencia con mi chochera.

Los árboles del jardín del Colegio han perdido ya sus hojas; los bancos y las mesas y los tiestos, están recogidos hasta la primavera.

Mi hija, ayudada de los chicos, recogió el otro día los geranios que adornaban en verano las ventanas. Había helado ya algunas noches, y me declaró que si queríamos tener flores al año que viene, teníamos que meterlas dentro de casa.

Los cajones estaban tan bien clavados a las ventanas, que no fué fácil quitarlos.

Las cosas más sencillas son un gran acontecimiento en la vida de los niños; mi hija dirigía la maniobra, poniendo, por supuesto, manos a la obra (porque no es de las que se cruzan de brazos), y ellos la obedecían como a un general en jefe. De cuando en cuando una alegre carcajada contestaba a alguna observación mía:—Baturro, no cojas eso, que pesa mucho.—«Quiá», contestaba el muchacho con su sonrisa bonachona; en casa llevaba ya los sacos de trigo. Y seguían trayendo las flores, que colocaban con cariño alrededor del busto del Rey. Mientras tanto se mezclaba a la algazara alguna que otra nota suelta de una guitarra. Sonaba como un eco lejano de la patria, y como representación de la patria, la acariciaban los chicos. Lo malo es, que es tanto lo que tienen que estudiar, que no sé cuándo les quedará tiempo para aprender a tocarla. En fin, eso es cosa muy secundaria. Aunque hay tanta poesía en una guitarra.

La primera vez que dije eso aquí, me miraron asombrados.

Justamente, yo que a veces no oigo música en una orquesta moderna, la oigo en una guitarra. Yo quisiera—si el tiempo y los estudios lo permiten—llegar a tener aquí una pequeña estudiantina española. Ya han llegado de España tres guitarras, y estoy segura que me enviarán también bandurrias en cuanto exprese ese deseo. De panderetas y castañuelas estamos bien provistos. Así olvidaremos en los días de fiesta las nieves y los fríos, al eco de los cantares de la tierra.

El Pedagogium será como un templo donde se purifiquen los sentimientos y se ensanche el alma. Yo sé transformar las nostalgias en sueños del porvenir, y del amor al terruño, hacer con todas las patrias chicas una patria grande, tan grande, que esté por encima de los partidos políticos.

Todo español que pasa por Munich, sabe que esa casa es suya y pone su nombre en el libro que está a la entrada.

El que lo hojee se emocionará como yo al ver el de un hombre de muy alta alcurnia, que tiene que vivir alejado de su patria que adora, y que como uno de los aplausos que más me enorgullecen y animan, ha puesto estas palabras: «Viva España».

PAZ.





DE NÚMERO A NÚMERO

MIRANDO A ESPAÑA



CAMBIO de Gobierno hubo y para bien de la Religión y de la Patria sea. Dios ilumine las inteligencias de los nuevos Ministros y haga que su gestión redunde en honra y provecho de las instituciones que integran nuestra gloriosa nacionalidad.

En Africa continúa la guerra, y pena da que sea preciso todo el heroísmo de nuestros soldados para que la cruz, símbolo de la civilización española, vaya coronando los agrestes picachos del Rif y preparando el terreno para que los misioneros, los más grandes de los españoles de todos los tiempos, puedan conquistar los corazones que hoy viven en la barbarie más completa.

Día tras día, en lucha callada y tenaz, se vierte en Marruecos la sangre de España, y aquí, en las aldeas de donde salieron esos soldadillos, admiración del mundo, se reza porque vuelvan sanos a sus hogares, quienes hacen patria a costa de sus vidas.

¡La Providencia vele por ellos!

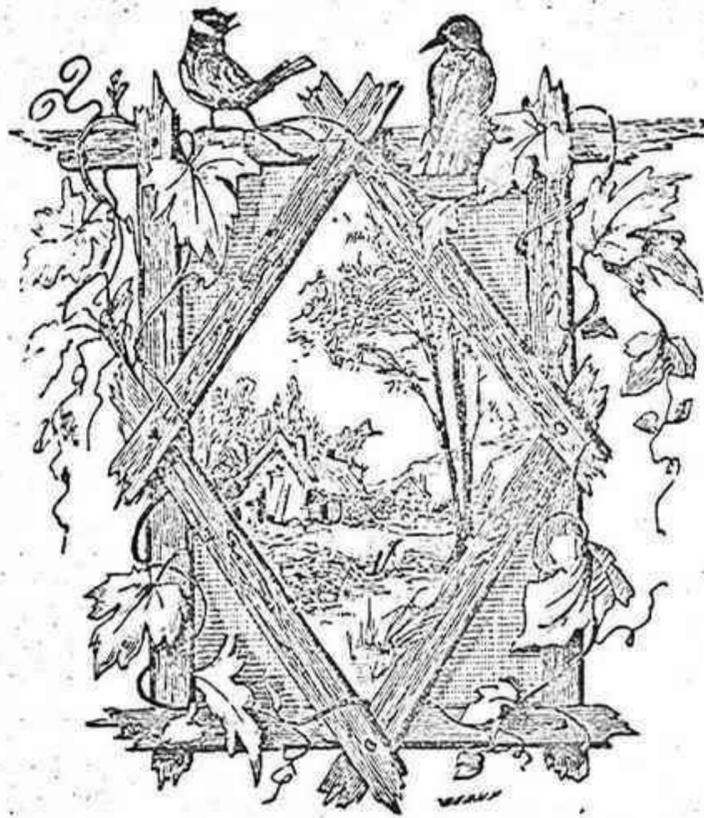
La diócesis salmantina está de enhorabuena, pues para regirla y conducirla por el camino de la religión, que es el de la felicidad, ha sido elegido un pastor sabio y bueno, cuya llegada a esta ciudad, que ya lo quiere como a padre, es esperada con impaciencia.

Con lágrimas ha despedido al ilustre Prelado doctor Alcolea la diócesis de Astorga, y con los brazos abiertos y ansiando su bendi-

ción, le aguarda la de Salamanca, que ya sabe de sus virtudes y de sus talentos.

Bien venido sea, y que su apostolado sea largo y fructuoso para el catolicismo.

F. de LAZCANO.





SANTA TERESA DE JESÚS

EN BUSCA DEL MARTIRIO

(ROMANCE)

Más bella que los luceros
Que a la zaga deja el alba
Determinada en la huida
Y sin miedos en la cara,
Sale una infantil pareja
Por la puerta del Aldaja,
Mientras despierta del sueño,
Desperezándose, Avila.
De siete abriles la niña,
Mas de apostura bizarra,
Un corazón de héroe lleva
Cautivo en redes de gracias.
Y aunque más pequeña, guía
En la resuelta jornada
A su hermano, que le sigue
Como al campeón sus lanzas
Río abajo la pareja
Va, sin escuchar las aguas
Sonoras y bulliciosas,
Ni entender sus alabanzas,
Como quien dentro del pecho
Oye otras dulces palabras,
Que con divina armonía
Al heroísmo la arrastran.
Y no repara en el soto,
Donde aún la noche acobarda,
Ni en las húmedas arenas,
Ni en la playa solitaria.
Como a un tiro de venablo
Quedaba el puente a la espalda
Y creyéndose muy lejos
Ya de la paterna casa

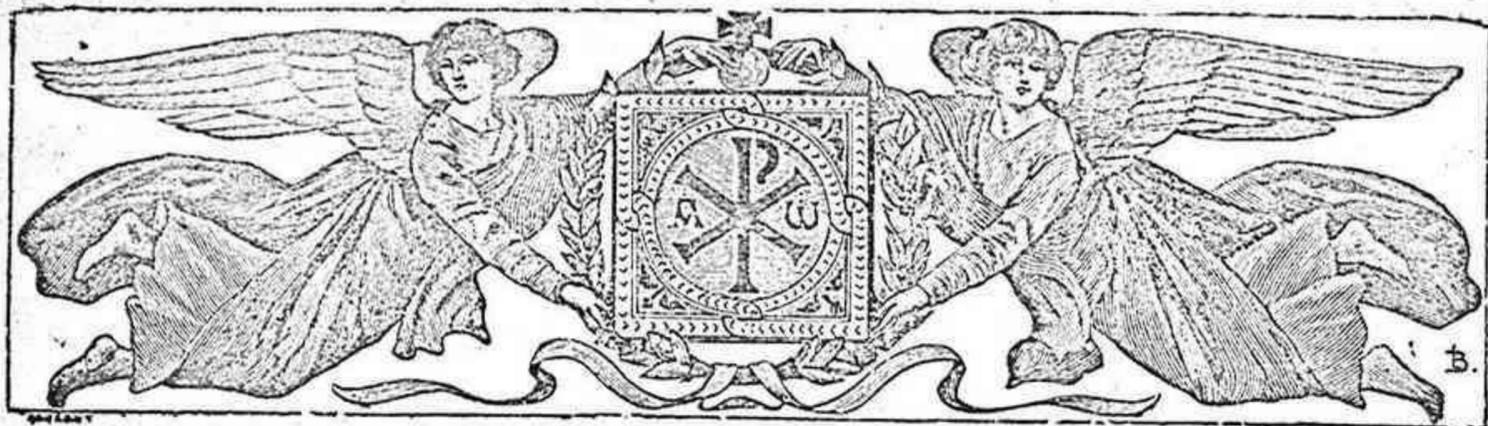
Y sin traidores testigos,
 Rompe la niña esta plática,
 Sin que a sus pies corredores
 Den tregua sus nobles ansias:
 —¿No te cansarás, Rodrigo?
 —¿No te rendirás, hermana?
 —Ya ves cómo voy delante,
 Porque mi fe no desmaya.
 Esto es subir a los cielos,
 Y no es muy luenga la escala.
 En cuanto los cuerpos mueran
 Verás cuál vuelan las almas.
 De la sangre de los mártires
 Que por Cristo se derrama
 Dicen los libros piadosos
 Que nacen hermosas alas;
 Y luego, hermano Rodrigo,
 Que a los dos alas nos nazcan,
 De un vuelo súbito al cielo
 Y de otro a la Virgen Santa.
 ¡Oh, qué dicha para siempre!
 —Para siempre sin mudanza.
 ¡Oh, qué día todo claro,
 Sin ayer y sin mañana!
 —Y todo cuesta una vida,
 Que a un débil soplo se apaga;
 Una vida que hoy empieza
 Y por la tarde se acaba.
 Anda, hermano, que aún nos queda;
 Hermano Rodrigo, anda.
 —Ya te sigo.
 —Voy de vuelo.
 —¿Tienes plumas?
 —Tengo alas.
 —Alas tienes con que vuelas,
 Como palomica blanca.
 —Tengo sed y hambre de cielo,
 Y vuelan mis esperanzas.
 —¿Y la rabia de los moros?
 ¿Y sus corvas cimitarras?
 —Romperán las ligaduras
 Que a este destierro nos atan.
 —¿Y la herida donde brote
 La sangre de tu garganta?
 ¿Y tus ojos moribundos?
 ¿Y tu rostro?... Mira, hermana,
 Torna tú y muera yo solo;
 Para tí mi sangre basta.
 —No me abracés, no me halagues,

Ni me estorbes con tus lágrimas
El camino de los cielos;
Gane yo sola mi palma;
Que aunque tu sangre vertida
Puerta en el cielo me abra,
No quiero el cielo de balde,
Ni victoria sin batalla.
Tú en pelea con la muerte
Y yo en la almena encerrada?
¿Tú herido y yo sin heridas?
¿Tú feneciendo y yo salva?
¿Tú volando por los aires
Y yo en la tierra sin alas?
¿Tú en la patria de los cielos
Y yo lejos de la patria?
¿Tú del infierno ya libre
Y yo expuesta a ser esclava?
Anda, que tú no me quieres.
—Sí quiero, Teresa hermana;
Anda, y con tu muerte muera
Más que al filo de la espada.
Y en esta hondura engolfados
Estaban ya de su plática,
Cuando un brioso jinete
En el camino les salta
Era un su deudo; a su vista
Los niños pierden el habla
Como pájaros alegres
Presos en ocultas mallas.
Y el llevóselos cautivos
Y tornólos a su casa,
Toda puesta en alboroto,
Porque muertos los juzgaban.

Francisco JIMENEZ CAMPAÑA,

De las Escuelas Pías.





EL CARDENAL AGUIRRE

NOTAS BIOGRAFICAS



los setenta y ocho años de edad y treinta y ocho de episcopado, muere el cardenal Aguirre, arzobispo de Toledo, patriarca de las Indias, primado de la Iglesia española y comisario de la Santa Cruzada; que tales eran, y son en la Silla toledana los rangos y preeminencias.

Era de Oviedo (Pola de Gordón), y desde muy joven exteriorizó su inclinación resuelta al sacerdocio.

Estudió en el seminario de León las Humanidades; luego, la Filosofía y la Teología; y al par que descollaba como alumno sobresaliente en el aula, señalábase también por la discreción y templanza en todo momento.

Su vocación religiosa se acrecentaba en el estudio y en la meditación, y antes de ordenarse *in sacris* (lo que obtuvo con el padrino del cardenal Alameda en el 57) tomó el hábito de San Francisco, con todos sus votos.

Pocos años después, siendo aún muy joven, la Orden le eligió para su cátedra de Filosofía y Teología en Consuegra; y en esa cátedra se destacó vigorosamente, tanto por sus méritos como por sus virtudes.

Un episodio que aún se recuerda con admiración acabó de enaltecer su prestigio. Aconteció que en aquel pueblo falleció un significado liberal, y con motivo de su entierro se reunieron en el camposanto centenares de correligionarios, algunos con armas, y varios oradores exprofeso llegados de Madrid, los cuales oradores, con



El Cardenal Aguirre

pretexto de enaltecer al difunto, pronunciaron discursos exaltadísimos contra la Iglesia católica.

Por ventura, hallábase en el cementerio el P. Aguirre, y descontando el riesgo en que se ponía, alzó su voz para defender a la Religión y a su Iglesia. Una lluvia de insultos y de amenazas le interrumpió; la agresión era inminente; pero el P. Aguirre, iluminado por la fe, logró dominar el escándalo con su palabra.

Ya era en aquella época rector del mencionado colegio. Pasó luego a regir (en el 70) el colegio de Pastrana, y durante los días de trastornos políticos supo con su cordura, sapiencia y energía conservar en el respeto de los revolucionarios a la comunidad.

En 1876 volvió a Consuegra con los títulos de «lector perpetuo en Teología y Cánones y definidor honorario», concedidos por la provincia como recompensa por sus muchos servicios.

Allí estuvo sólo dos años explicando Derecho canónico; pues al fundarse el colegio de Almagro, en 1878, fué nombrado rector de la nueva Comunidad, cargo que pasó a desempeñar dos años más tarde en el colegio de la Puebla de Montalbán.

En Marzo del 85 fué preconizado obispo de Lugo, y aunque él por su inclinación prefería la vida monacal, hubo de obedecer a la orden y aceptar el episcopado, abandonando el claustro.

También por entonces fué designado penitenciario *pro lingua hispanica* en Roma; mas no llegó a posesionarse del cargo.

En la diócesis, que gobernó con ejemplarísima rectitud, fué un modelo de actividad; recorrió absolutamente toda la provincia, corrigiendo defectos; reparó muchos templos, fundó un asilo y convocó un Sínodo, en el cual, después de reformar el arancel parroquial, redactó en latín sólidas constituciones, que son, según el dictamen de los doctores de la Iglesia, un monumento de doctrina.

Ascendido el 94, ocupó el arzobispado de Burgos, donde su sabia gestión hizole merecer de Su Santidad, diez años después, la púrpura cardenalicia.

Cuando falleció el cardenal Sancha, la candidatura del P. Aguirre para la silla primada fué indiscutible.

La ha ocupado desde 1909, y reciente está su obra, su campaña en pro del fomento de los intereses religiosos. Recientísima también su intervención en el solemne Congreso eucarístico, cuando ostentó la representación del Papa.

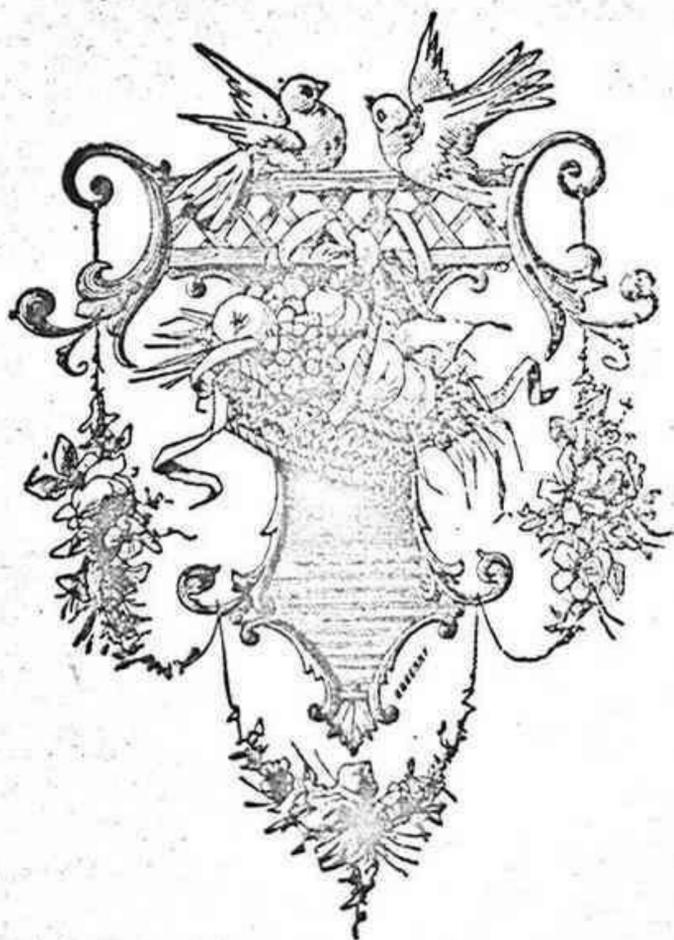
Modesto, austero en sus costumbres, no admitía la pompa sino en los actos precisos y por el mismo cargo; pero para volver inme-

diatamente a su vida llana, casi pobre, ocupando una habitación sencilla.

Nota demostrativa de la perseverancia de su vocación ha sido el vestir toda su vida el sayal franciscano.

Era, en fin, el cardenal Aguirre un insigne varón de la Iglesia, un pastor modelo y una gran figura de la sociedad española contemporánea.

Descanse en la paz del Señor.





ZURRON DE POBRE



Santa Teresa sus cartas la pintan tal y como ella era. En estos documentos, sinceramente sentidos e íntimos, no es ya que se adivine, sino que se descubre hasta el último rincón del alma.

Esos pelillos hipócritas y estudiosamente emperejilados, que a todos por lo general se nos enreatan y pegan a la pluma en los escritos de literatura forzada, nunca asoman en las cartas familiares donde el hombre bueno vuelca ingénuo y sencillo su pensamiento.

Asombra la vigorosa transparencia espiritual de las cartas de San Pablo, y es un encanto el ver cómo su temperamento chisporrotea en todas ellas: hasta el punto que nada más casi con leer el *filioli mei*, se da ya con la entraña del hombre.

Turbado y todo por la gracia que se adueña de él, no por eso pierde la propia fibra, la su manera, el verbo de fuego.

¡Soberano privilegio del amor a lo divino!

Y no este otro, aparentador, fofo y yeldo como mala masadura que gastamos por acá.

El estilo de las cartas de Santa Teresa no sufre comparación con ninguno otro. Es un rico tejido hecho de rotos, de anudados, sin mentiroso artificio.

Abre tira y saca del arca a lo que salga y no acaba nunca, ni se cansa de sacar.

A los demás—yo por mí hablo—nos ocurre que no soltamos el fruto si ya no es a fuerza de zurriagos, como la encina; y con eso

y todo, lo que cae yo lo echaría al hospicio: no se sabe casi nunca de quién es.

Dudoso, indefinido, no hay quien lo reconozca, porque ni sabe ni huele.

En realidad nuestro arte no surge espontáneo, viene a empujones. Es un viejo secreto de tocados, tan extendido como desacreditado.

O nos pasamos las horas muertas haciendo perifollos, rizando mimosamente las frases y bruñendo con el trapo de la mentira los conceptos, y después nos echamos a la calle tan ufanos; o lo que es peor, faltos de seso—que no de tiempo—hacemos las cosas sin cabeza; escribimos sin corazón, nerviosos, febriles; entre ruidos que atontan y tabaco que envenena. Si lo primero nos falta la frescura, la naturalidad y la gracia porque las ahoga el ritmo; y si lo segundo hacemos el tonto, porque escribimos en el agua, vivimos a flote, somos unos monicacos.

Si queremos que nuestros escritos reflejen noblemente nuestro carácter y tengan un relieve que acuse maneras propias y tonos de originalidad, mucho podía servirnos el ponernos de aprendices con Santa Teresa.

«Hasta ahora—*fijáos cómo relata*—parecíame había menester a otros, y tenía más confianza en ayudas del mundo; ahora, entiendo claro ser todos unos palillos de romero seco, y que asiéndose a ellos no hay más seguridad, que en habiendo algún pero de contradicciones y murmuraciones se quiebran, y así tengo experiencia que el verdadero remedio para no caer, es asirnos a la Cruz y confiar en el que en ella se puso».

Mirad ahora con qué salero se rie de un Padre Mariano que presumía—¡ahí es nada!—conocer pronto y bien la condición de cualquiera mujer.

«En gracia me ha caído el decir de V. R. que en viéndola la conocería. No somos tan fáciles de conocer las mujeres, que muchos las confiesan, y después ellos mismos se espantan de lo poco que han entendido: y es porque ni aún ellas no se entienden para decir sus faltas; y ellos juzgan por lo que les dicen».

Ea, muchachos, ya tenéis tarea; seguid en esto la moda literaria.

Las cartas de Santa Teresa son una mina. Ahí tenéis de todo. Literatura popular que alumbrá y arroja luz sobre muchos puntos de la Historia del arte, psicología honda y certera, y explicaciones precisas de fenómenos que vuelven tarumba a muchos médicos modernos.

«De mi natural—*fijáos en esta cosita que escribe y que os brindo*—suelo, cuando deseo una cosa, ser impetuosa en desearla; ahora van mis deseos con tanta quietud, que cuando los veo cumplidos, aún no entiendo si me huelgo. Qué pesar y placer, si no es en cosas de oración todo va templado: que parezco boba, y como tal ando algunos días».

Vis a vis de la neurastenia, con sus crispaduras y acabamientos, de tantos hombres-gallinas, coloca Santa Teresa el temple viril de su espíritu limpio de sensibleras vibraciones; tan maduro, tan bien ponderado y de una valentía tan reposada. Repasad atentos lo que sigue:

«Lo que yo no suelo hacer, por grandísimos trabajos que haya tenido en esta vida, es decir palabras de aflicción; no me acuerdo de haberlas dicho; que no soy nada mujer en estas cosas, que tengo recio corazón».

Santa Teresa habla así; y no logra hacer callar a esas campanas de la agonía que ponen triste hasta el aire; a esas almas brumosas y lloronas que llevan metido en el entresijo el cobarde pesimismo.

Quiere devolver la vida a esos cuerpos como de palo que derribó el tedio.

Entiende ser muy ridículo y enojoso pasarse la vida rascando la cuerda de la derrota.

Admirable lo que dice y aún más admirable la manera cómo lo dice.

A D. Lorenzo de Cepeda, hermano suyo, escribe una larga carta y en ella le habla de D.^a Juana de Ahumada, hermana de ambos.

«Es harto bien casada. Mas digo a V. M. que ha salido D.^a Juana mujer tan honrada, y de tanto valor, que es para alabar a Dios; y un alma de un ángel. Yo salí la más ruín de todas, y a quien vuestra merced no había de conocer por hermana, según soy: no sé cómo me quieren tanto. Esto digo con toda verdad».

Notaréis en estas últimas frases, candorosas y exquisitamente sinceras, la opulencia de un corazón que deja siempre las puertas abiertas para que entren y salgan libremente las palabras entusiasmadas del amor puro, del querer limpio, de la gratitud aborrajada.

En las cartas de los verdaderos amigos abundan también estas expansiones cálidas de mucho afecto, de cariño fastuoso y rumbón.

Puede que haya despilfarro en estas abultadas vehemencias de cariño explosivo; puede.

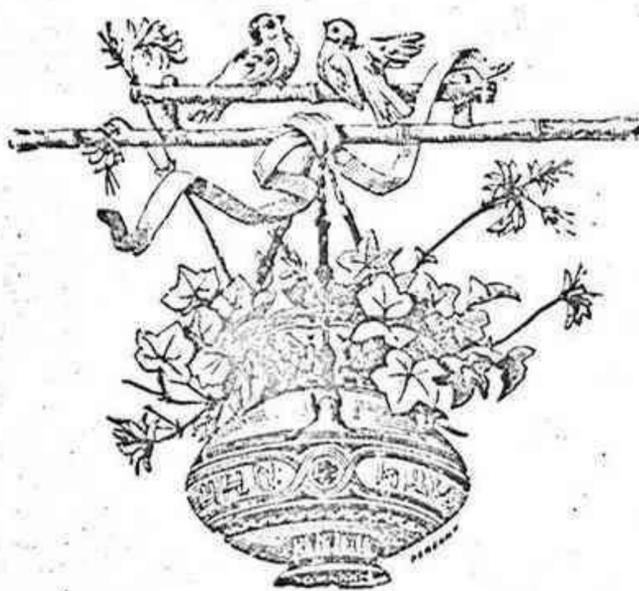
El estrépito lujoso con que muchos temperamentos abren las

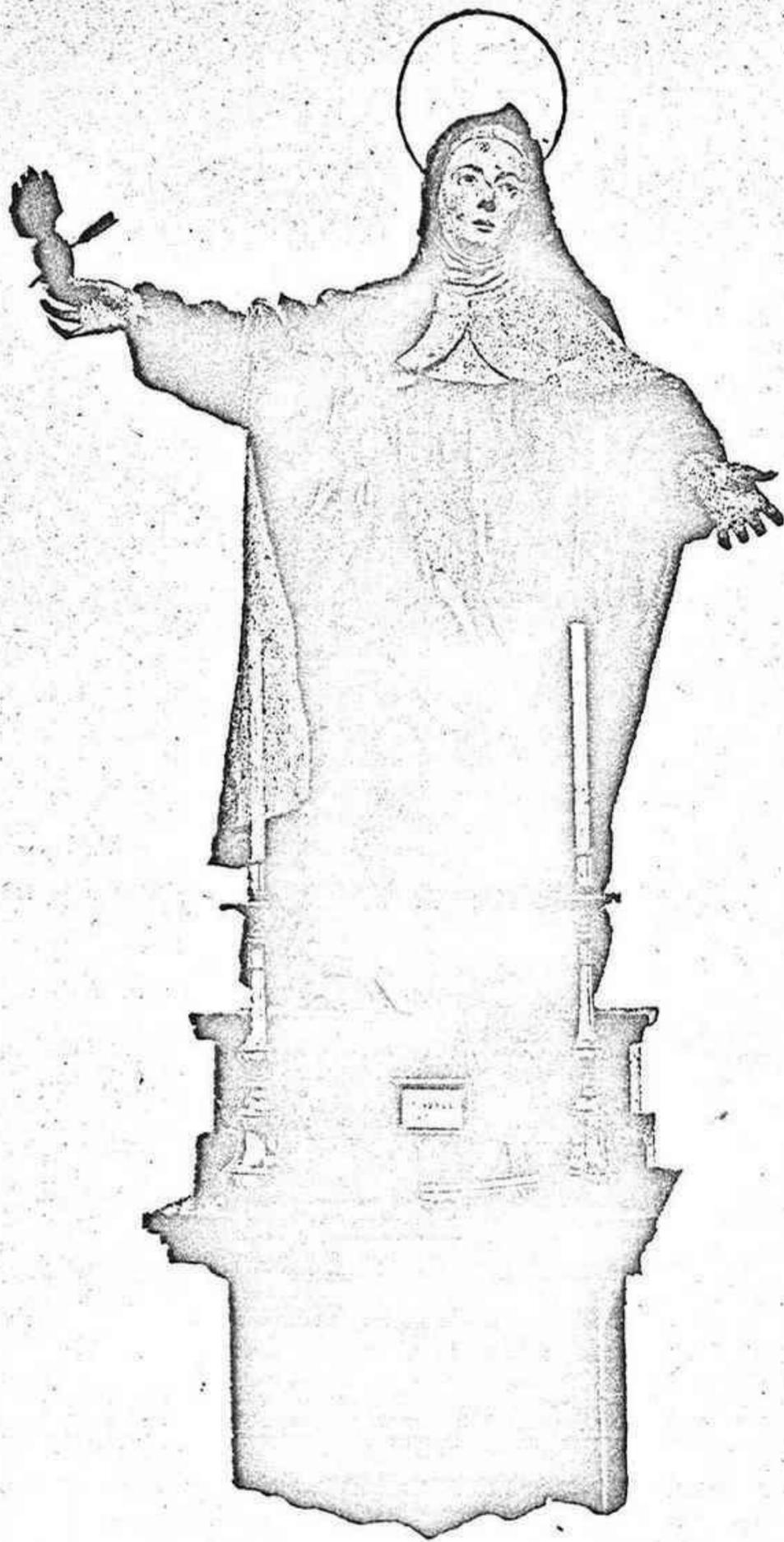
puertas a la efusión puede parecer, a algunos, embustero derroche; sí señor, lo puede parecer.

Una copla charra muy *mentá*, voy a echar a la ventana, por donde asoman las narices los severos críticos:

Si con jubón de Segovia
vas a la arada
o es señal de mucho
o es señal de nada.

PEROPULGAR.





Santa Teresa de Jesús



LA CRUZ DE LA COSTA

La cruz parece de oro; los marinos de antaño
coronaron con ella la ermita secular,
blanca como una niña que apacienta el rebaño
de los barcos veleros, corderillos del mar.

Besa el agua las plantas de la ermita costera;
vierte en ella el espacio cataratas de luz,
y entre el mar y los cielos, como ave mensajera
de piedad y concordia, se levanta la cruz.

La cruz es el amparo, la cruz es el consuelo
de los marinos pobres, los mártires del pan.
Yo lo sé, que he mirado la tragedia del cielo
flagelando los mares con furias de titán.

Bramaba el mar en guerra, padeciendo la herida
del azote divino con horrible temblor;
vacilaba un peñasco, y una mujer, erguida
sobre él, llamaba a un hijo con locura de amor.

Saltó contra las rocas una barca en pedazos
al llegar a la barra con angustia mortal
porque el mar gigantesco, removiendo los brazos,
le hizo víctima débil de su fiebre brutal.

La mujer del peñasco trepaba hacia la ermita
de rodillas, gritando con sublime fervor:
«¡Jesús! ¡no me lo lleves! ¡por la madre bendita
que lloró tu tormento! ¡salva a todos, Señor!»

Un griterío de almas doloridas y tiernas

coreó las palabras con horrenda ansiedad.
Al viejo sacerdote le temblaron las piernas
y, alzando la mirada, pensó en la eternidad.

Al fin brilló un destello de amor y de esperanza;
un niño fué el primero que le vió refulgir:
«¡Mirad! ¡aún viven!—dijo con gozo de bonanza,
señalando revueftos cristales de zafir.

Y hubo el punzante anhelo de una dicha remota
en los pechos temblones que fundiera el dolor:
todos los tripulantes de la barquilla rota
nadaban con las ansias supremas del terror.

Asomaban las caras entre blancas espumas
con la trágica mueca de la sed del vivir...
¡Ya vienen! ¡ya se acercan!; al través de las brumas
se distinguen los rostros; ¡ya se calma el gemir!

Revive el sacerdote; se extinguen los pesares
que amustiaran el gesto de las caras en flor.
¡Albricias! ¡ya no mueren! ¡no importa que los mares
en lucha con los cielos rebramen su rencor!

¡Ya llegan a las rocas! En la brava ribera,
donde rie su blanca pastora secular,
una madre les llama y una cruz les espera,
con los brazos abiertos, entre el cielo y el mar...

J. Antonio BALBONTIN.





EL CENTENARIO DE SANTA TERESA DE JESUS

1515-1915



Si comenzásemos este artículo relatando dónde y en qué tiempo nació Santa Teresa de Jesús y siguiéramos ofreciendo breve síntesis de su vida y sus obras y concluyésemos haciendo crítica de éstas y compilando el juicio que la escritora insigne ha merecido a las más altas mentalidades, aun no católicas, alguien quizás objetaría que descubríamos el Mediterráneo y nos tacharía de impertinentes.

No obstante, motivos hay para recelar que no todos recuerdan cuándo nació la seráfica autora de las *Exclamaciones*.

Porque es así que en Italia, desde hace meses, no se dan ya paz preparando la celebración del centenario de la muerte del Dante, que ocurrirá en 1921.

Y en España no se ha dicho ni escrito aún, que sepamos, palabra alguna acerca del centenario del nacimiento de Santa Teresa de Jesús.

¿Y saben la fecha de ese centenario?

¡En 1915!

Dado que la doctora mística vió la luz en Avila y en 1515...

Ningún español que tenga derecho a coger la pluma, a llamarse escritor, publicista, literato, ha dejado de leer los libros de la Santa abulense, a saber: su *Vida*, escrita por mandato de sus confesores; el *Camino de perfección*, el *Libro de las fundaciones*, el *Castillo Interior* o *Moradas*, donde conduce al alma desde las puertas de sí misma, por grados, que llama *Moradas*, hasta el último palacio del Celestial Esposo; los *Conceptos de amor divino* (fragmentos); las

Exclamaciones, que son como generosos suspiros de su amor y deseos de verse con Dios, y las diversas composiciones en verso.

De éstas acaba de aparecer un limpio volumen en octavo mayor, entresacadas por vez primera todas las poesías contenidas en las distintas ediciones de los libros de Santa Teresa.

Prologa el tomito el abundante poeta y fecundo orador escolapio Padre Jiménez Campaña, quien pregunta con razón:

«¿Qué punto de comparación hay entre la musa de Lesbos, irritada, y Santa Teresa de Jesús, herida por el dardo del Serafín?

¿Qué tienen que ver los versos de Ovidio, llenos de las impurezas de su *Arte de amar*, con estos dulces lamentos de un alma santamente enamorada, con estos vibradores arpegios del laúd cristiano del Serafín del Carmelo?»:

¡Ay qué carga es esta vida!
 Qué duros estos destierros,
 esta cárcel y estos hierros
 en que el alma está metida;
 sólo esperar la salida
 me acosa un dolor tan fiero,
 que muero porque no muero.

Mira que el amor es fuerte
 vida, no me seas molesta;
 mira que sólo te resta
 para ganarte perderte;
 venga ya la dulce muerte,
 venga el morir muy ligero,
 que muero porque no muero.

¡Sí! Esa es precisamente la característica de los escritos de Santa Teresa: su originalidad, el no parecerse absolutamente en nada, es florecer y lozanear *más allá del arte*.

No deben ser juzgados por la crítica retórica, que mide las palabras, cuenta las sílabas, se envanece de tropos y figuras y busca resortes de gusto y exquisitez, sino por la verdad de la elocuencia sincera y caldeada, sencilla y profunda, que expresa lo que siente y piensa el autor, ora en prosa, ora en verso.

Santa Teresa, pues, adolece de desaliño en las cláusulas, pero la vehemencia del afecto, el candor de la idea, el graficismo y naturalidad de la forma y un como resumo de divinidad y sensación de *ciencia infusa*, que resuelve con facilidad casi infantil los problemas más abstrusos, a los cuales no llega la *ciencia adquirida*, hacen de sus producciones joyas perpetuas de las letras españolas, privativamente de ellas...

Escribe acertadamente D. Juan Valera, el autor de *Pepita Jiménez*, que con cualquier figura, por gigantesca que fuere, de una literatura pueden parangonarse otras, reglas de medir por varas y pulgadas aparte, de suficiente equivalencia en prestancia artística; a Homero se opone lucidamente el Dante o los autores del *Ramayana* o del *Mahabarata*; al Goethe poeta, Byron... al mismo Cervantes Shakespeare; sólo a Santa Teresa no se le halla término de comparación ni como escritora ni como mujer. Es, en efecto, flor de santidad, y de arte, y de glorioso feminilismo, que germinó nada más en la bendita tierra española.

Por todos estos motivos es aún de nacional decoro que se celebre el centenario de su feliz venida a este mundo.

Tenemos los elementos necesarios y suficientes: la devoción popular, y el entusiasmo de los literatos, aun de los más escépticos, y una revista teresiana, y una Basílica en construcción, que dirige, y protege, y fomenta la Infanta Paz, la egregia Infanta Paz, la fundadora del «Pedagogium» de Munich, magna obra que nos da confianza para esperar de su Alteza la realización de cualquier árduo empeño.

Mas no han de improvisarse las solemnidades de dicho centenario.

Desde ahora debemos acometer los preparativos, comenzando por los planes e ideas que, discutidos, se acepten o rechacen.

Los teresianos, repartidos por toda España, claro que son los primeros llamados a poner todo su conato y autoridad.

Los intelectuales de Madrid también tienen que hacer no poco. Por de pronto, estudios adecuados, conforme a los modernos procedimientos de *investigación* y de *psicología* críticas.

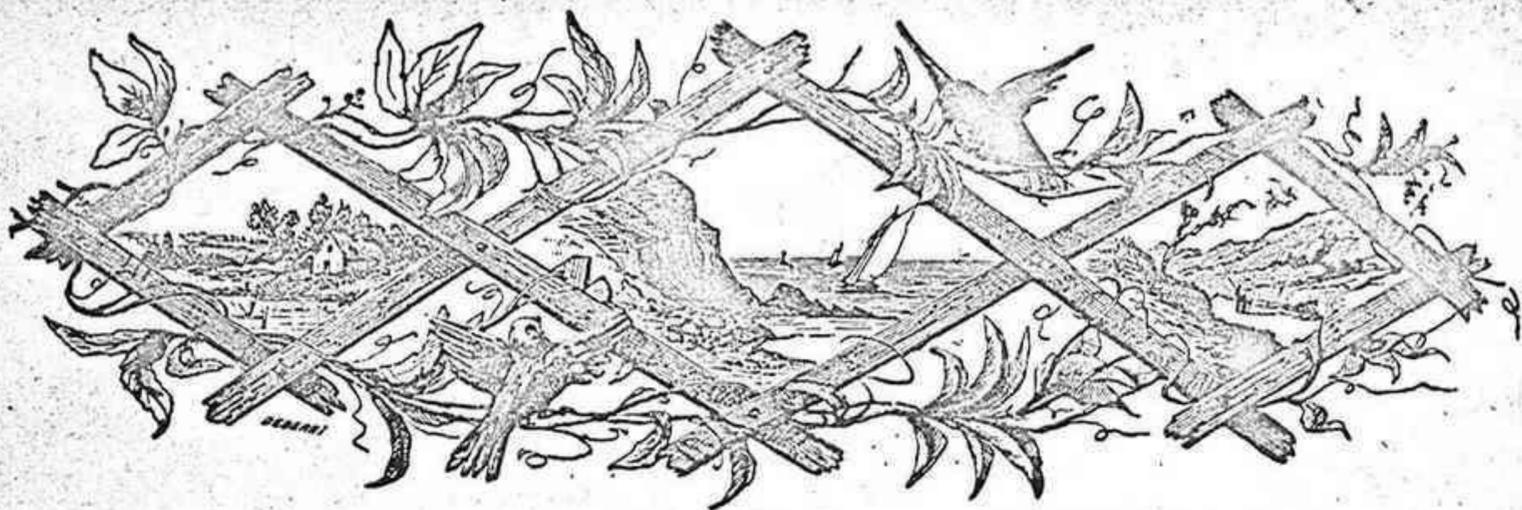
¿Se descubrirían inexplorados horizontes?

Apelamos, finalmente, al patriotismo y a la cultura de todos.

Santa Teresa, por santa, por escritora, por española y por mujer, es acreedora a todo obsequio y a todo homenaje.

Rafael ROTLLÁN.





DESDE LA ARGENTINA

(De nuestro estimado colega *El Salmantino* transcribimos gustosos el siguiente artículo):



ALLÁ por el día 18 o 20 del próximo pasado Septiembre, leyendo un artículo de D.^a Páz de Borbón, publicado por un diario local de Rosario de Santa Fé, recordé el *juguete* que le acompañó publicado en el mismo diario de referencia y que por desgracia me lo han *descuartizado*. Ruégole que con las correcciones hechas (como verá) y con las que usted pueda hacer, que lo publique en sitio preferente por referirse a aquella ilustre dama.

Hay una virtual y notable particularidad en este hecho, además del hecho mismo. Es, que leyendo hace tres o cuatro días los periódicos que aquí recibimos de Granada, vimos que D.^a Isabel que ha asistido a las fiestas de la Coronación de María Santísima, Patrona, la Virgen de las Angustias, ha referido (verbalmente) a varios acompañantes dicho episodio, cuando visitaba la *Torre de la Vela*.

Consultando yo las fechas, resulta que ha sido éste un caso de *telepatía* especial pues, después de tantos años (40) casi en el mismo día yo principiaba las cuartillas del referido juguete y la Infanta Isabel que lo refería en la explanada o plazoleta de la «Torre de la Vela».

Así lo dice *El Defensor de Granada*, que habrá usted leído. Algo recuerdo de lo que en él se decía, y trataré de estamparlo.

Parece que bromeando dijeron a D.^a Isabel la tradición que también se atribuye a la campana de la Vela:—«Sí, alteza; la joven que toque esta campana se casa al año siguiente».

Entonces parece que ella quedó pensativa y observó: «No; ahora que recuerdo: es aquí, en Granada donde debe haber una piedra también con esa leyenda, pues mi hermana Paz la tocó y efectivamente, todos saben que casó al año siguiente».

Y allá va ahora mi juguete:

Anécdota Real

Cuando leí, en uno de los últimos jueves literarios de este diario una página de su alteza, D.^a Paz de Borbón, me dije, entre riendo y llorando: Efectivamente, Lamartine tenía razón al decir: «que una eternidad cabía en un segundo».

Este gran poeta del sentimiento comprendió en algún momento de su vida, como yo comprendí al saborear la hermosa producción citada, unida a los recuerdos que su autora trajo a mi memoria, que realmente puede caber en un segundo, toda la eternidad!

Esas filantrópicas, esas delicadas líneas, donde tan encantadoramente se vierte y se destila el amor al bien y a la Patria, hicieron surgir en mi mente, como luminoso despertar de ingenuas e infantiles remembranzas; ¡con qué grata intensidad! un momento de mi pasado y de mi vida, ligado a igual momento del pasado y de la vida de tan ilustre dama, ¡natural que en plano diferente!

Esta es, pues, la anécdota a que quiero referirme; y si por casualidad estos humildes borriones llegasen a sus manos, pido perdón por haberlos impreso y haber exhumado dicho recuerdo que, sólo tendrá el valor de su veracidad y el de referirse a tan ilustre persona.

«Yo también a paso rápido desciendo esta terrestre pendiente y aunque «recordar es sufrir», lo hago con gusto, porque ello evoca patria, edad, cosas y sitios donde se inspiró el primero y único perfume de alegría, de amor, de bienestar, de cariño y de ilusiones... ¡benditos recuerdos! Todos ellos, como en Kaleidoscopio encantador se han ido sucediendo mágica, maravillosamente, embriagándome con sus aromosos efluvios de ensueños, y armonías, a medida que recorría y releía, y vuelvo a repetirlo!, ese hermoso artículo que *La Reacción* ha publicado de la Infanta Paz.

¡Es el «Paraiso perdido», de Milton, y solamente la resignación cristiana que plantean con Santa Teresa de Jesús, el gran proble-

ma de «O padecer o morir», lo que puede a uno resignarlo a vivir u olvidar!

.....

 Era niño aún, o mejor dicho, empezaba a ser hombre cuando el pueblo andaluz recibió con júbilo la noticia de que las infantas de España visitarían sus principales ciudades.

Corría el año, si mal no recuerdo, 1877 y era de su primavera una mañana perfumada y esplendorosa divinamente azul, como son casi todas en las márgenes del Darro en la capital de los Zegríes y Abencerrajes que Alhamar fundara; y es en Granada, en fin, en «La Sultana de Occidente», «Mansión del Profeta», «Taza de Jacintos», «Diademas de Rubíes», y en esa mañana histórica, donde se desarrolló este episodio, envuelto aún en el nimbo poético que lo cubrió el sitio, la fecha y la protagonista misma.

La novedad de aquel día era que las infantas, que llegaron el anterior, subían al Sacro-Monte para visitar la Basílica y las «Cuevas» donde fueron sepultados algunos mártires.

Entre éstos figura en el primer término San Cecilio, Patrono tutelar de Granada, cuyos restos se conservan.

Dichas «cuevas» o criptas, son una especie de pequeñas catacumbas, usadas como es sabido, por los primeros cristianos. No se abren para el público más que el 10 de Febrero de cada año, aniversario que la Iglesia destina a su conmemoración.

Entre las maravillas que guarda Granada, no es solamente el regio Alcázar el digno de verse; también existe «La Cartuja», «Generalife», «San Jerónimo» (con la tumba del gran capitán Gonzalo de Córdoba) «La Capilla Real» (con los restos de los reyes católicos), «La Quinta de Calderón» (apodada El Paraíso), «Sacro Monte», etcétera, etc.

Por eso, como digo antes, ese día en las primeras horas, lo destinaron a visitar el sagrado sitio, y el público, joven en su mayoría, allá se adelantó y se encaramó en todos los salientes del camino (que ya es bastante accidentado y de áspera pendiente) para mejor verlas pasar.

Ya en la Basílica los que pudimos «colarnos», bien por algunas relaciones con seminaristas o por las apariencias de «niño decente», disfrutamos gratuitamente del espectáculo, y seguimos viendo y oyendo las explicaciones de los guías, que en ese caso recuerdo que fueron el rector de la Universidad-Seminario (un ilustre canónigo) y el arcipreste de la Colegiata. Al llegar a las «cuevas» la «inspec-

ción» fué más prolija y ya quedamos pocos extraños en el acompañamiento. Andando, andando, con timidez, como el que está siempre esperando que lo agarren de un brazo y lo saquen por intruso, oíamos el relato de cuanto se refería al nombre del mártir del lugar del entierro, de sus hazañas en la fe, cuando de repente se hizo un gran silencio. Era que todo el mundo escuchaba la voz de D.^a Paz, como un susurro melodioso. Era un diálogo graciosamente sostenido con los «Cicerones».

La comitiva llegaba en ese momento junto al sepulcro de San Cecilio, donde, cerca o al lado mismo, hay una piedra empotrada en la pared surgida quizá de las antiguas excavaciones o tal vez puesta adrede, en su nicho, para sostener durante los oficios litúrgicos algún utensilio sagrado.

—Sí, Alteza—oímos.—La tradición da a esta piedra la singular virtud de que, la doncella que en tal día la toque, al año justo contraerá matrimonio.

Una carcajada armoniosa, delicada, infantil, de las reales bocas, fué la respuesta a tan peregrina noticia.

Después, pasado este primer alborozo, otro silencio más interesante. ¿Qué fué? Un mal reprimido impulso, ciertas recatadas miradas de la Infanta Paz que denunciaron su deseo de tocar la piedra.

(¡Es tan gracioso y natural en la mujer y el ave el instinto de anidar!) Los del cortejo que se dieron cuenta, se hicieron los distraídos y las damas la animaron. La infanta, aprovechando este momento, volvió a observar furtivamente en derredor (¡de los niños no había que preocuparse!) pero yo tenía ya el sentimiento de lo bello y creyendo encontrarme con su mirada noté que la diosa «Erubes»... Sí, amables lectores, Granada tiene, para este único caso, su mitología propia, sin deber nada a la Griega, ni a la Escandinava, ni menos a Roma. La diosa Erubes nacida a orillas del Dáuro del dios «Recato» y de la ondina «Inocencia», envolvió con velo de púrpura el simpático rostro de la infanta y rápida, levemente posó su mano en la mágica piedra.

¡Ah! «Lo que hay de divino en el corazón humano jamás podrá expresarse; el instrumento es de carne y la nota de fuego».

Al año siguiente en la misma época, un príncipe bávaro, que además de príncipe es un obrero de la inteligencia y de la caridad, pues según las crónicas es el médico de todos los pobres de las

cercanías de «Munich», unió su destino al de la infanta española.

Si estas líneas, en la vibración constante del espíritu y las ideas, llegan a sus oídos, que diga la dama si se cumplió, como dejo dicho, tan hermosa tradición.

M. GARCÍA SÁNCHEZ.

Rosario de Santa Fe, 20-10-1913.





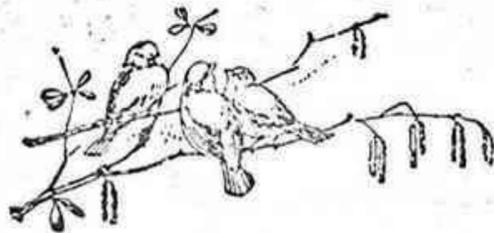
NUESTRA SEÑORA DEL PILAR



¡BENDITA SEAS!

Virgen Santísima del Pilar: Todos pueden y deben confiar en tu maternal misericordia. Has hecho tanto por los hombres, que no hay corazón que deje de entregarse a tu bondad en los vaivenes y contrariedades de la vida.

Nada nos abatirá en el mundo hasta obligarnos a perder la esperanza cristiana. Por muy grandes que sean nuestras amarguras, y terribles nuestras turbaciones, y desolador nuestro desaliento, siempre esperaremos en la misericordia infinita y en ti, Madre de Dios y Madre nuestra; que eres fuente de toda gracia y manantial abundantísimo de consuelos.





A nuestros lectores.—Una avería sufrida por la máquina especial en que se imprime LA BASÍLICA TERESIANA, y cuya reparación hubo que hacer en Madrid, fué la causa de que, contra nuestra voluntad, no apareciera el número correspondiente al mes de Octubre.

Por ello pedimos perdón a nuestros lectores a los que, en plazo breve, procuraremos indemnizar de los perjuicios que les hemos causado.

El altar de la Escolta Real.—En el cuartel de la Montaña se ha verificado el solemne acto de bendecir e inaugurar un altar, regalado al escuadrón de la Escolta Real por S. A. el Infante D. Fernando.

El escuadrón venía oyendo la misa de los Ingenieros, que al aire libre, a la intemperie, en uno de los grandes patios del cuartel de la Montaña, se reza los domingos y días festivos, y en lo sucesivo la Escolta Real tendrá mayores comodidades para cumplir el deber religioso.

El altar.—S. A. R. el Infante D. Fernando ha regalado un sencillo altar de roble, al natural, con adornos de talla estilo gótico.

Sobre el espaldar se destaca una bella imagen de Santa Teresa de Jesús, tallada en madera, de unos ochenta centímetros de altura, colocada en pedestal de roble, que cubrían grandes ramos de rosas, claveles y violetas.

Sirve de fondo al altar un inmenso paño rojo, formando una gran panoplia, en que se agrupan, con arte y gusto, carabinas y espadas. Una guirnalda de crisantemos seguía el contorno del espaldar.

A uno y otro lado decoraban el altar plantas de espléndido follaje, sobresaliendo varios ejemplares de palmeras.

Ha sido colocado el altar de modo definitivo, en uno de los testeros del «Repuesto», largo y amplio salón que, en estantes, contiene ropas y enseres de las secciones de la Escolta Real, representando un valor de pesetas 300.000.

Los muros están decorados por grupos de cornetas y otros emblemas militares.

Bendición y misa.—El señor obispo de Sión bendijo los ornamentos y el altar con el ritual de rúbrica, y luego dijo una elocuente plática.

Versó sobre la significación e importancia del altar, verdadero emblema de religión.

Dió Gracias a S. A. por su donativo, y aludiendo veladamente a S. A. la Infanta D.^a María Teresa, exclamó:

—Partan de este altar gracias, no de redención, sino para aumentar la corona de su gloria.

Rezó la primera misa en dicho altar el capellán de la Escolta y de Alabarderos, D. Plácido Zaidín.

En sitiales de preferencia tenían asiento: al lado de la Epístola, el Sr. Obispo de Sión, y al lado del Evangelio, S. A. el Infantito D. Luis Alfonso, y detrás su aya.

Luego estaba el general del Río, segundo jefe de Alabarderos.

Seguían las señoras entre las que recordamos a la duquesa de la Victoria, vizcondesa de Uzqueta, familia del general del Río, señoras de Benito, Pulido, Fernández de Córdoba, Gómez Acebo, Liniers y Muguiro; las hijas del Sr. Marqués de Zarco, y la señorita de Alvear.

Los jefes y oficiales de la Escolta, contándose entre ellos S. A. el Infante don Fernando, formaban luego interesante grupo.

Con la oficialidad estaba el general Marchessi, que hasta hace poco mandó el escuadrón; el oficial mayor de Alabarderos, Sr. Mariné; el capitán Sr. Muñoz, ayudante del general Del Río, y el secretario de S. A., D. Gabriel Pastor.

Los soldados de la Escolta figuraban en último término, formados a los pies del salón.

— — —

Las Ordenes Religiosas.—El nuncio apostólico, Mons. Ragonesi, se ha dirigido a los superiores de las órdenes religiosas, trasladándoles las instrucciones de la S. C. de Religiosos, relativas a la conducta que deben observar los regulares en España, las cuales han sido comunicadas por la Secretaría de Estado de Su Santidad.

Dichas instrucciones son las siguientes:

«1.^a Como los religiosos deben merecer la confianza de todos los fieles, es necesario que no se interesen por ningún partido político, sino que estén y se muestren ajenos y superiores a todo partido.

Los superiores mayores de Ordenes y de Institutos religiosos pondrán especial diligencia en que sus respectivos súbditos:

- a) Se abstengan de polémicas y disputas meramente políticas.
- b) No se ocupen de política en la dirección espiritual de las almas ni en la predicación, y esto con tanto mayor motivo cuanto que en tal concepto han tenido lugar no pocos avisos; y
- c) No fomenten los choques o discusiones interiores causadas por pasiones políticas.

2.^a Los superiores deberán tener presente que algunos religiosos, aun insignes, pero de diversas tendencias políticas, dando consejos frecuentemente contradictorios a católicos eminentes, causan daño y confusión en la orientación político-religiosa de España.

3.^a Procuren los superiores mayores que en las revistas ascéticas, tan numerosas en España, no se aluda a personajes políticos, ni se trate de asuntos políticos; de tal suerte, que leídos por los adversarios, y tal vez hasta en las Cámaras, puedan suscitar odios contra los religiosos y promover contra ellos medidas de rigor.

4.^a En la Sociología vean la manera de refrenar los ardores de aquellos que quisieran imitar a los célebres abates democráticos de Francia y Bélgica, tanto

más cuanto que el prurito de introducir en España todo lo que viene del extranjero es cosa muy peligrosa, como ya se advirtió en carta de la secretaría del Estado al obispo de Madrid.

5.^a Vigilen el «bizkaitarrismo» de algunos religiosos vascongados, los cuales, con esa actitud «separatista», no sólo pierden el espíritu de la Orden, sino que se hacen odiosos al Gobierno y a la nación.

Conviene que vigilen también el «catalanismo» aun cuando en este último parece notarse menos falta de prudencia y moderación».



Donativos para las obras de la Basílica en Alba de Tormes

	<i>Pesetas</i>	<i>Cts.</i>
Del Sr. Conde de Cerrajería.....	2.000	»
De D. ^a María Jesús de Ansótegui y Urigüen....	25	»
» » María de la Concepción de Ansótegui de Rochelt.....	15	»
» » Rogelia de Urigüen, viuda de Escalante.....	15	»
» » Vicenta de Urigüen.....	15	»
Enviado por D. Victoriano do Pazo, delegado de Orense.....	77	»

SALAMANCA.—Imp. de Calatrava, a cargo de Manuel P. Criado